

EL NACIONALISMO MEXICANO: UNA REFLEXIÓN

Por Otto Granados Roldán

¿Qué ocurría hace un siglo, en el año en cuyo 9 de julio nacía Saturnino Herrán? Según los calendarios más respetados de la época, en 1887 se construye el primer disco fonográfico; Eastman inventa la cámara Kodak; se publica la *Correspondencia* de Flaubert y *Mi corazón al desnudo* de Baudelaire. Van Gogh pinta su *Autorretrato*. En México se publican *La bola* y *La gran ciencia* de Emilio Rabasa, y *Murmurios de la selva* de Joaquín Arcadio Pagaza. En la ciudad de México aparece *La Juventud Literaria*, revista en la que comienza a darse a conocer la generación modernista con escritores como Luis G. Urbina, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, Carlos Díaz Dufoo, Manuel José Othón, etcétera. Se establece el Banco Alemán Transatlántico. Es fusilado José María Leyva, *Cajeme*, quien encabezara el movimiento de los indios yaquis. Eulogio Guillow es nombrado primer arzobispo de Oaxaca y regala a Porfirio Díaz una joya que representa las glorias militares de Napoleón I. El salario mínimo diario en Aguascalientes era de alrededor de 20 centavos, y la población de la ciudad sería tal vez de 33 mil habitantes según algunos. Era el tercer año del segundo periodo de gobierno de Porfirio Díaz, y en ese año nació Saturnino Herrán.

El país tenía entonces 66 años de vida independiente; su desarrollo económico era escaso; había sufrido dos graves intervenciones extranjeras. Con la República restaurada triunfa el liberalismo: la democracia y la estabilidad, la modernidad y la libertad, aparecían como posibles en el horizonte después de profundos desgarramientos. Sin embargo, la esperanza duró sólo diez años. El general Porfirio Díaz no modifica la letra del liberalismo que se expresó en la Constitución de 1857, pero en la práctica esos ideales son negados.

En 1887 el comercio parecía mejorar. . . se vivía una especie de convalecencia económica. Políticamente, se ajustaban los controles sobre la prensa y se robustecía el poder de la Iglesia Católica; Díaz preparaba su tercera reelección y el historiador norteamericano Hubert Bancroft publicó una apologética biografía del dictador que le sirvió de propaganda electoral. "Con seguridad puede decirse que Porfirio Díaz es el mejor gobernante que México haya tenido jamás", dijo Bancroft en su libro. Y el deseo del historiador propagandista no pudo ser más elocuente: "Quiera Dios que dure". Y en efecto, Díaz duró 23 años más en el poder.

Saturnino Herrán nace cuando se inicia la consolidación

de un poder unipersonal contra el cual se rebelaría el país años más tarde. En el orden cultural, Herrán vive en su apogeo la época de la imitación, el anhelo por la modernidad copiada de Europa; eran los años del gusto afrancesado que consumían los miembros de una aristocracia sin tradición. Pero también eran los años de un incipiente movimiento cultural que pugnaba por dar expresión a los rasgos de lo nacional.

En su corta vida, en el parteaguas entre una sociedad que no acaba de morir y otra que no termina de nacer, Herrán es testigo de dos hechos fundamentales de la historia mexicana: el porfiriatto y la Revolución. Apenas sobrevive a la promulgación de la Constitución de 1917. Sin embargo, la brevedad no le impidió convertirse en actor y pionero, como pintor, de un movimiento emergente en el campo del arte: el nacionalismo.

En México, la creación de una conciencia nacional se llevó a cabo en forma simultánea a la afirmación del Estado y al descubrimiento de la nación, de modo que en el transcurso del siglo XIX se producen los antecedentes que dan lugar a la construcción de la nacionalidad desde el Estado. La Revolución Mexicana, en este contexto, es el hecho que integra de manera definitiva a una comunidad de acuerdo con propósitos y objetivos nacionales.

Sin embargo, esta Revolución no se vio nutrida, en su pensamiento, por una teoría del nacionalismo propiamente dicha, como las que aparecieron en Europa durante el siglo pasado. En Europa, dice David Brading, "la fuente de la mayoría de las teorías nacionalistas fue la reacción alemana contra la filosofía universalista y racionalista de la Ilustración y la Revolución francesas". Estas teorías, por lo general, desembocaron en visiones unilaterales y agresivas que veían en lo nacional no sólo el conjunto de rasgos distintivos de una nación, sino la preeminencia de estos valores por encima de otros; el corolario era necesariamente una actitud de prepotencia hegemónica que excluía, por inferiores, a otras nacionalidades. El ejemplo más extremo de estas teorías fue el nacionalismo alemán de los años 30 y 40 del presente siglo, con su pretensión absurda de una superioridad racial *natural*.

En México, en cambio, el nacionalismo fue durante el siglo pasado y principios del presente, una actitud, una forma de luchar por afirmar lo propio y singular frente a lo externo, en medio de una batalla por la sobrevivencia. La Revolución consolida este proceso largo y difícil y da cauce abier-

to a las expresiones de lo nacional. Después, durante los años 20 y 30, el nacionalismo se incorpora, como construcción teórica, a la ideología política del proyecto nacional. Así se forma nuestra noción de nacionalismo revolucionario.

Por tanto, la influencia de aquellas teorías nacionalistas prácticamente no existió en el pensamiento de la Revolución Mexicana que tuvo su expresión más acabada en la Constitución de 1917. Sí influyó, y de manera contundente, el nacionalismo como herencia por la afirmación de lo propio, herencia que se inicia desde la Guerra de Independencia y atraviesa por un largo periodo de luchas, siempre a la defensiva. Si el nacionalismo europeo arroja como resultado actitudes a la ofensiva con pretensiones hegemónicas, México sólo busca dar acabado al perfil de un pueblo constantemente asediado. De esta clara actitud está nutrida la Revolución Mexicana y el nacionalismo revolucionario que como concepto surge de ella, es expresión histórica que busca robustecer lo nacional para enriquecerlo.

La formación y defensa del proyecto nacional fue la empresa de mayor importancia durante el siglo XIX; una vez negada la condición colonial y admitida la necesidad de fundación de un país independiente, la inserción de la nación mexicana en el mundo se efectuó en medio del doble riesgo de disolución por disensiones internas y por continuas agresiones provenientes del exterior, como una guerra de invasión que despojó al país de más de la mitad de su territorio y otra que casi logra convertirlo en simulacro de imperio, en tanto que las diferencias políticas y los conflictos entre facciones impedían el fortalecimiento de un gobierno verdaderamente nacional. En esta forma el desorden y las dificultades estuvieron en posibilidad de dividir y disgregar a un país en formación.

Sólo con la firme decisión para proporcionar unidad al territorio e integrar voluntades dispersas, se pudo crear y defender el proyecto nacional, de suerte que la adopción del federalismo en 1824 salvó la integridad territorial, mientras que la Constitución de 1857 y la Reforma expresaron el propósito de establecer un nuevo pacto social fundado en la secularización de la vida social y política. La construcción y la defensa del proyecto nacional fueron, desde el inicio de la vida independiente, tareas que tomó en sus manos el Estado, el cual fue capaz de expresar el interés nacional al integrar, en el terreno de la discusión pública y de los hechos, una voluntad política de unidad. Si vemos el proceso como la integración de dos fases mutuamente dependientes, cobra sentido la idea de Carlos Monsiváis de que "El nacionalismo es la premisa ideológica de la unidad y la consecuencia orgánica de la fuerza del Estado. Dialéctica suscita: la vitalidad del nacionalismo solidifica al Estado, y el crecimiento del Estado le infunde legitimidad al nacionalismo."

Nuestro curso histórico nacional se asemeja, de hecho, al que conforma a la mayoría de los modernos Estados nacionales. Efectivamente, en la época moderna, el Estado crea a la nación y ambas entidades, sin identificarse totalmente, se relacionan de manera orgánica. A partir de este hecho, la nación es considerada el fundamento de la organización política en la que se realiza la acción estatal. Una vez que so-



mete el ejercicio de su poder a una norma jurídica, el Estado es el único agente capaz de preservar la soberanía nacional y popular; frente a la competencia con otros Estados nacionales, se encarga de mantener la unidad cultural, conservar el territorio y asegurar la defensa de la nación; por medio del respeto a los derechos ciudadanos, entre otros instrumentos, procura obtener el consenso indispensable para legitimar y consolidar su autoridad política, enfrentar situaciones externas desfavorables y evitar que los conflictos internos desahagan el pacto nacional.

Ante una nueva situación geopolítica que le obligaba a convivir con otros Estados nacionales efectiva o potencialmente hostiles y peligrosos, el Estado mexicano persiguió el fortalecimiento de la unidad mediante la promoción del sentimiento y la conciencia nacionales, al mismo tiempo que se seguía defendiendo la integridad territorial y se extendía la seguridad nacional. En este sentido, la formulación y la ampliación del nacionalismo expresa una voluntad nacional de autodeterminación que surge, justamente, en el momento en que una colectividad reconoce de manera consciente su individualidad histórica y reclama, por ello, la defensa de su identidad e independencia. Frente a cualquier amenaza de intervención cultural, económica y política en los asuntos estrictamente propios, un Estado nacional reafirma su singularidad y obtiene interiormente la exaltación del sentimiento nacional.

En tanto fuerza ideológica, el nacionalismo puede entenderse, al principio, como creencia en la necesidad de pertenecer a un grupo identificable. Los individuos se convencen de la pertenencia a una colectividad cuya forma de vida difiere de otras y cuyo carácter proviene de habitar un territorio común y de compartir los mismos rasgos sociales —costumbres, leyes, lenguaje, instituciones, tradición, arte, raza y religión incluso— que forman a los miembros de dicha comunidad. Además, el nacionalismo considera la existencia de metas comunes y superiores dentro de una nación y si sur-



quiera algún conflicto, estos valores prevalecen y permiten que la decadencia de una nación pueda ser evitada. Por ello, con la creación y el sostenimiento de la nación, los intereses particulares se subordinan y las unidades menores —familia, iglesia, partido— le deben su existencia y su sentido. Así, los individuos aceptan servir a un fin y sostener una creencia porque consideran los valores nacionales como suyos.

El nacionalismo ha sido en los tiempos modernos la más importante fuerza de unificación social, pero ha sucedido que deviene peligrosa cuando adopta una postura extrema, cuando se llega a considerar que los propósitos propios, los de una nación, son incompatibles con los propósitos de otras naciones; este extremismo conduce a que una nación se enfrente a otra u otras exigiendo sometimiento, si es necesario por la fuerza. Tal nación pretende demostrar hacia el exterior que es superior a otras, convirtiendo sus metas en normas objetivas y extranacionales. Se trata en este caso de un nacionalismo pernicioso, excesivo, beligerante; es decir, de una forma de autoadoración colectiva (Isaiah Berlin).

El nacionalismo impulsa a un país a hacer valer su papel protagónico en la comunidad internacional, si bien corre el riesgo de que a una política de presencia —propia del nacionalismo— le suceda una política de potencia en el exterior —propia del imperialismo—; este último surge, sobre todo, de un orgullo nacional y del convencimiento de una misión universalista. El nacionalismo, en cambio, subraya la especificidad: el reconocimiento de una nación como unidad autónoma, singular e independiente.

No ha sido el mexicano un caso de nacionalismo extremo, sino el de una actitud que tiende al fortalecimiento de la unidad interna, a la promoción de la estabilidad política y al impulso del desarrollo económico, antes que al engrandecimiento nacional en detrimento de otros países; no ha necesitado del expansionismo agresivo para obtener y sostener su identidad, integridad e independencia.

El nacionalismo mexicano es incomprensible si se prescinde de las circunstancias en que nace y se desarrolla, por lo que debe asociarse al desenvolvimiento de la nación y el Estado en términos de estrecha vinculación, con una presencia y un perfil más definidos desde fines del siglo pasado. El Estado mexicano se consolida, aunque imperfecto, durante la llamada paz porfirista, medio siglo después de conseguida la independencia y luego de obtenida la hegemonía política de un régimen personalista. Es hasta entonces que la nación se consolida, si bien con un alto costo social y político.

Aparte de los acontecimientos históricos ya mencionados —agresiones, invasiones, disensiones internas— suceden al término del pasado siglo hechos que contribuyeron al fortalecimiento del nacionalismo mexicano. El reconocimiento del enemigo exterior sirvió, pese a todo, para que los distintos grupos suspendieran sus diferencias y se unificaran frente a las fuerzas externas, además de que obligó a que se reflexionara, cada vez más hondamente, sobre el temor de que el país fuera absorbido a causa de su debilidad. Ante la continua amenaza, se acrecentó la conciencia nacional y en ocasiones, hay que reconocerlo, expresada como abierta xenofobia.

De igual manera, la lucha interna contra el poder eclesiástico contribuyó a acrecentar el nacionalismo; el gobierno de Juárez lucha precisamente en contra de esas dos fuerzas que, en la segunda mitad del siglo pasado, impedían la consolidación de la nación mexicana: la intervención exterior y el poder del clero. A Juárez correspondió fortalecer la unidad contra el invasor y emprender la Reforma Social que tenía como base la secularización y como componente etnográfico y cultural de la nacionalidad mexicana el concepto de mestizaje.

Aunque parezca contradictorio, durante el porfiriato el nacionalismo mexicano avanzó en alguna medida. La creciente inversión de capital extranjero, paradójicamente, intensifica las relaciones de la comunidad nacional con el soporte ideológico de las ideas positivistas de orden y progreso. La expansión económica durante el porfiriato alteró las relaciones sociales existentes: se producen con alguna intensidad ciertas transformaciones a consecuencia de los cambios en la estructura demográfica, la composición racial, el lenguaje, la educación y las comunicaciones, que cohesionaron en cierta medida a la sociedad mexicana y, por poco que fuera, promovieron el nacionalismo.

El aumento y la densidad de la población integraron físicamente a los mexicanos, en mayor medida que antes; la distribución de la población a través del territorio nacional hizo posible una mayor interdependencia económica, política y social. A esto se añaden los cambios en el transporte y las comunicaciones que suministraron el medio físico necesario para una comunicación más efectiva entre los habitantes.

El porfirismo, no obstante, carecía de un sentimiento nacional cohesivo que permitiera compartir el poder político y distribuir la riqueza con amplitud. Así, el nacionalismo porfirista fue marcadamente elitista y dejó fuera a la mayoría de la población durante los treinta años que duró la dictadura; esta realidad se expresaría de manera violenta en la Revolución Mexicana.

Con el movimiento revolucionario de 1910 a 1917 se trans-

forma decididamente la conciencia nacional. La violencia revolucionaria se originó debido a la extrema desigualdad y al autoritarismo de la dictadura; por ello, la creciente marginación del grueso de la comunidad nacional obligó a integrar activamente al conjunto de la población a los reclamos de justicia social y de igualdad económica. La Revolución Mexicana representa el compromiso ideológico y político encaminado a movilizar al pueblo y asegurar su lealtad para la consecución de los grandes objetivos nacionales. De esta manera y desde el inicio, el impedimento educacional y el aislamiento geográfico, racial y lingüístico, comienzan a diluirse para permitir una mayor integración de la nacionalidad.

La diversidad lingüística y el bajo nivel educativo obstruyen el desenvolvimiento nacional y pronto se comprende que la unidad de lengua es una premisa para la intercomunicación social. Una de las mayores dificultades para lograr esta unidad en México es la separación que se da de hecho entre el habla y la condición social de los distintos grupos. No es que las lenguas indígenas ejerzan poca influencia en la formación de la cultura nacional, sino que los propios habitantes indígenas carecen de ella. Por tanto, la política educativa subraya la importancia del uso del español en la población indígena, y a lo largo del siglo pasado algo se avanza en el dominio de este idioma; a principios del presente, las proclamas de los líderes revolucionarios fueron comprendidas por más gente que las de los caudillos mexicanos del siglo XIX. El creciente uso del español ha reforzado la unidad nacional, y la política educativa ha creado los sentimientos de lealtad y fidelidad a la nación. Como conquista liberal, la educación



laica permite que se impartan los conocimientos geográficos, históricos y lingüísticos necesarios para proporcionar una base común de identificación y comunicación en la población. La educación fue también el fundamento de una mayor unidad nacional, como lo pensaron los liberales. En éste como en otros campos, la Revolución Mexicana mantiene una línea de continuidad con el liberalismo, agregando una nueva conquista: la de los derechos sociales.

La Constitución de 1917 proclama la legitimidad legal e ideológica de la Revolución Mexicana; incluye las demandas de la gesta revolucionaria, las sustrae de su contexto fraccionario y les otorga sentido de aceptación nacional. Toda Constitución Política Fundamental, afirma Andrés Molina Enríquez, ha emanado de una revolución victoriosa. Las revoluciones son la forma suprema de legialar, y, entre nosotros, los planes revolucionarios que han triunfado son las fuentes de donde brotaron las leyes constitucionales. La Constitución de 1917 es la fiel expresión de la voluntad nacional popular, y en ella se encuentra la realización de los reclamos que llevaron al pueblo a entregarse a la lucha armada revolucionaria.

El mejoramiento de la situación económica del pueblo mexicano, la concesión de oportunidades educativas, el reconocimiento de los derechos del trabajo frente al capital, la implantación de la reforma agraria, el debilitamiento del poderío de la Iglesia y el otorgamiento de una personalidad exterior que le permita resguardar su independencia, son algunas de las realizaciones que han asegurado al Estado surgido de la Revolución Mexicana su continuidad y el consenso nacional. En adelante, el nacionalismo mexicano promovido desde el Estado subordinará los intereses particulares a los nacionales para asegurar el desarrollo económico y la estabilidad política. Este fue el nacionalismo que nutrió el pensamiento de la Revolución Mexicana y su posterior desarrollo ideológico.

Otra de las consecuencias inmediatas de la Revolución Mexicana fue el nacionalismo cultural de los años veinte, que además de permitir, con la disolución de las estructuras porfirianas y la ampliación de las oportunidades educativas, el surgimiento de una cultura nacional más vasta, recupera la conciencia nacional articulada con anterioridad por quienes tenían mejor educación y mayor preocupación histórica. Se ha visto que, durante buena parte del siglo pasado, todos los esfuerzos conducían en distintas direcciones a crear y fortalecer la nación y la nacionalidad mexicanas.

Ante la carencia de una imagen nacional precisa y definitiva, legisladores, políticos y artistas inician un prolongado recorrido de aprendizaje y formación que logra, finalmente, organizar y comunicar los contenidos nacionales a la mayoría de la población. Aunque se alcanza una elaboración más depurada de esta imagen en la voluntad creadora y el ejercicio crítico, la aspiración de justicia y autodeterminación se encontraba ya presente en el común de los mexicanos. La actividad política, intelectual y artística, de esta manera, coincide y expresa la voluntad de la comunidad.

Con el convencimiento de que la sensibilidad artística refleja y estimula el desarrollo de la conciencia nacional, fue una meta fundamental durante el pasado siglo expresar en



términos culturales la nacionalidad emergente. El primer intento, espontáneo, de crear un arte que expresara los rasgos nacionales, surgió de la primera asociación literaria de importancia que hubo en el México independiente, la Academia de Letrán. En los veinte años que dura dicha agrupación se orientan las obras de los escritores hacia "la tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar" (Guillermo Prieto). Desde entonces, se impulsa una corriente cultural que estimula el surgimiento de la conciencia y el sentimiento nacionales, proyecto que culmina, en 1869, con la fundación de la revista literaria *El Renacimiento*.

Sin dejar de atender la cultura universal, el principal interés de la revista fue la cultura nacional. Ignacio Manuel Altamirano, su principal promotor, propuso y llevó a cabo un programa nacionalista en el convencimiento de que —como recuerda José Luis Martínez— "nuestras letras, artes y ciencias necesitaron nutrirse de nuestros propios temas y temperamento y de nuestra propia realidad para que lograran ser expresión real del pueblo y elemento activo de integración nacional."

Durante el tiempo en que se llevó a cabo el proyecto de Altamirano, desde el triunfo de la República hasta 1889, se alcanza el periodo más fértil de la actividad artística y literaria del siglo XIX. La época de la Reforma se reconoce, con justicia, como la que permite el florecimiento del primer nacionalismo cultural mexicano. Sin embargo, poco después, el porfiriato despoja a esta corriente nacionalista de su agre-

sividad y sentido de urgencia; con excepción del Modernismo, que constituye uno de los desafíos culturales más vigorosos de América Latina, la intención de crear un arte que expresara la realidad nacional se agota en la imitación del arte europeo finisecular, propia de una sociedad que pretendía ser "civilizada" y a la altura de las "naciones cultas" del mundo.

En el terreno de las artes plásticas —que otros han abordado aquí con lucidez y sapiencia mayores de las que soy capaz—, el nacionalismo de la época de la Reforma alcanzó resultados aislados pero importantes. Se comienza a reconocer el talento paisajístico de José María Velasco, mientras que Leandro Izaguirre (con la pintura *Suplicio de Cuauhtémoc*) y Miguel Noreña (con la estatua *Cuauhtémoc*) comparten la preocupación por expresar la realidad nacional y, con ello, contribuir a consolidar la nacionalidad mediante las expresiones artísticas. En plena época porfirista, Herrán continúa y desarrolla la intención artística de representar la realidad mexicana.

Herrán había iniciado sus estudios de dibujo en Aguascalientes desde los diez años, bajo la dirección de Severo Amorador y José Inés Tovilla. Poco después de su llegada a la ciudad de México se inscribe, en 1904, en la Academia de Bellas Artes, y tras una rigurosa formación académica, es significativa su participación en la exposición de pintura mexicana organizada por el Doctor Atl, en protesta por la exposición de pintores españoles con motivo de las fiestas del Centenario. Las tres obras que presentó Herrán expresan ya una pasión artística que reivindica lo nacional: *Vendedoras de ollas*, *Los ciegos* y su obra decorativa sobre el trabajo.

"Fue entonces —dice en su *Autobiografía* José Clemente Orozco— cuando los pintores se dieron cuenta cabal del país en donde vivían. Saturnino Herrán pintaba ya criollas que él conocía, en lugar de manolas de Zuloaga. El Doctor Atl se fue a vivir al Popocatepetl y yo me lancé a explorar los peores barrios de México. En todas las telas aparecían poco a poco, como una aurora, el paisaje mexicano y las formas y colores que nos eran familiares."

La aspiración artística de Saturnino Herrán coincide con el creciente ascenso y consolidación de la conciencia nacional estimulada por la Revolución. Con sus dotes de dibujante y colorista, descubre las bellezas del pueblo, las creaciones populares y nuestro pasado artístico. En la que es considerada como su obra más ambiciosa, interrumpida por su prematura muerte, se pretendía hacer gráficamente la síntesis de las dos civilizaciones que fundó la Conquista. En *Nuestros dioses* (1914) quedan representadas las razas que componen nuestra nacionalidad —la indígena y la española— sustentadas en un intercambio de ideas y sentimientos comunes.

Saturnino Herrán expresó su sensibilidad en la pintura de paisaje, en el dibujo de desnudos femeninos, en la representación de retratos y en la recuperación de figuras de adoración popular. En toda su obra, la gran preocupación fue siempre México y lo nacional. Con justicia, en él se reconoce al iniciador del nacionalismo cultural surgido inmediatamente después del triunfo revolucionario. Sean estas Jornadas, cien años después de que naciera en la vieja calle del Codo, una muestra más, inteligente y creativa, de tal reconocimiento. ♦